

En cuanto á las *legiones de frailes*, entendemos que bajo este nombre se quiso comprender generalmente al estado monástico. Pues bien: esa institucion, en la Iglesia oriental, data del siglo III. S. Antonio abad, que nació en el Egipto superior el año 251 y murió en 356, dejó ya fundadas y organizadas innumerables comunidades, verdaderas legiones de cenobitas, de los cuales, dice la historia, que no fué el verdadero fundador, sino solo propagador. La institucion se desarrolló asombrosamente en los dos Egiptos, la Palestina y la Siria, de donde se extendió á otras regiones por el celo de Macario, Pafnucio, Pacomio, Hilarion y otros muchos santos, cuya asombrosa virtud, solo de oida actualmente, pone grima. Ya tenemos, pues, muchas legiones de frailes en la Iglesia oriental, en el principio del siglo IV.

En la occidental, la historia refiere que en Roma comenzó á abrazarse la vida monástica á la mitad del IV siglo; habiéndola dado á conocer allí S. Atanasio quien la hizo recomendable por la ejemplar virtud de los monjes que le acompañaron en su viaje á la ciudad pontificia. Despues apareció S. Benito, que, aunque no fué el fundador de la vida monástica en el Occidente, sí fué el reformador y propagador. Ya en vida de este santo habia muchos monasterios en España, Italia, Africa, Irlanda y las Galias. Pero con la fundacion del primer monasterio de S. Benito, año 529, y la formacion de su regla, se uniformó la vida monástica en Europa; y puede llamarse á este santo, verdadero padre de verdaderas legiones de santos, de misioneros y de sábios; es decir, de civilizadores del mundo; de domadores de la barbárie de las hordas del Norte, y de los pueblos que habian brotado de la amalgama entre conquistadores y conquistados; entre bárbaros y renuevos degenerados

de las antiguas nacionalidades. ¿Y á cuál de estas legiones, oriental ú occidental, debió el Papa su poder?

Las órdenes morásticas, desde su principio, ni fueron ni han podido ser *erigid*as por los Papas. Que se estudie la historia de la Iglesia, y en ella se verá que, las órdenes monásticas debieron su origen al celo de santos varones que, movidos por un impulso superior, se pusieron á la cabeza de cierto número de hombres que se proponian la santificacion propia, la práctica de todas las virtudes en beneficio de la sociedad, y la satisfaccion de necesidades dominantes de la humanidad en su época.

Los papas, en lo general, no han hecho más, en ejercicio de su ministerio supremo, que revisar y aprobar las constituciones de cada familia monástica; y una vez probada la utilidad ó necesidad de la institucion, proteger su desarrollo, fomentar sus planteles, excitar su energía y honrar á sus individuos beneméritos. Muchas veces, casi siempre, los fundadores de órdenes monásticas han tenido que luchar con grandes dificultades, y esperar largos años para obtener la bendicion del sucesor de Pedro, y empezar á zanjear los cimientos de su edificio.

Las *legiones de frailes*, las órdenes religiosas, no han debido su existencia á los intereses del poder pontificio, ni tampoco ellas han creado ese poder. Las instituciones monásticas son producto natural y espontáneo del Cristianismo. Esta, doctrina eminentemente práctica y fecunda, ha propendido siempre y propenderá á encarnar sus máximas en instituciones vivientes que las conserven, las fomenten y las realizen, con la eficacia de los elementos que solo son dados á la fuerza colectiva de la asociacion. En los institutos religiosos, desde las fundaciones de S. Antonio, hasta la última congregacion bendecida por el Vicario de Jesucristo, no se ha visto más que la realizacion

del espíritu cristiano, llevado á su perfeccion; es decir, á la práctica de los consejos del Evangelio, que trae consigo el complemento de la perfeccion individual, y la efusion de la santidad de los claustros sobre la disipacion mundanal. Para cada dolencia y necesidad humana, engendrada por la dificultad de los tiempos, ó por la malicia y corrupcion de los hombres, el Cristianismo ha producido una institucion religiosa, que trabajara por conservar íntegro el tipo de virtud, contrario al mal que era necesario curar ó prevenir. Así multiplicó á millares los recintos de asilo y de misericordia que recibieran bajo su sombra á los que huían de ser aplastados por los escombros del mundo romano, ó que querian ponerse á salvo de la barbárie de los minadores del viejo Capitolio: así creó instituciones de laboriosos y modestos sábios, que merced á trabajos y esfuerzos inauditos, salvaron los restos del saber antiguo, atravesando con su precioso depósito por enmedio de las ruinas de las sociedades, como se salvan los penates de una ciudad entrada á saco, atravesando humo, llamas y escombros: así produjo órdenes militares, que con una cruz sobre el pecho y la lanza ó la espada en la diestra, hacian valer el derecho y respetar la justicia y amparar á la debilidad, en épocas en que la fuerza era la ley, y la violencia el estado normal, y la justicia el temperamento social: y esas órdenes militares escribieron, con puntas de acero, tantas y tan bellas páginas en su historia, que no habria tenido á mengua el eternizarlas el cantor de la Iliada; y tambien produjo las órdenes hospitalarias, en tiempos en que la mezcla de las razas, la frecuencia de las guerras, el hambre, la desnudez y la miseria de las grandes masas produjera dolencias extrañas, repugnantes, horribles; que no encontraban socorro más que en la caridad poderosa de cuerpos fundados y forta-

lecidos con la abnegacion del Cristo, que es la única que da la vida por sus amigos y por sus enemigos: é inventó órdenes redentoras de cautivos, cuando en Europa no habia un gobierno bastante fuerte para defender á un ciudadano del ataque de un pirata: instituciones de predicadores que bajo el estandarte del de Guzman y del de Asís, evangelizaron á las sociedades en tiempos en que la ignorancia más crasa y general habia facilitado el acceso á los repugnantes errores del maniqueismo de otros siglos: y dió á luz una orden á la cual se ha querido dar el título de *los granaderos del Papa*, que no les deshonra; pero que en realidad han sido los granaderos de Cristo y los centinelas avanzados de la Iglesia; cuya grande mision fué, desde el principio, defender y sostener la unidad de la Iglesia, en época aciaga en que esa unidad habia sido rota, desconociendo la potestad suprema del Pastor de los Pastores, del sucesor de S. Pedro, del Vicario de Jesucristo.

Sí, todas *esas legiones de frailes*, ni ninguna de ellas han sido *erigidas* por los Papas; ellas han sido el producto natural, espontáneo, de la fecundidad del Cristianismo, y ellas han probado la legitimidad de su genealogía, como el cristianismo ha probado la divinidad de su mision; es decir, por su ecuacion á todas las necesidades y conveniencias humanas en todos los siglos, en todas las regiones y en todas las condiciones de la humanidad. Si las instituciones religiosas han recibido y conservado su existencia por el Pontificado, es como los miembros del cuerpo, que viven porque vive la cabeza: si es que han influido para la conservacion é incolumidad del Pontificado, es como influyen los miembros para conservar y sostener á la cabeza. (*)

(*) Véase la última página de este libro.